

Una respuesta se basa en la pregunta limitada a universidades de investigación, las instituciones que enfatizan la investigación, formación de pre y post grado, además de las artes, ciencias y escuelas profesionales. La educación superior no es sostenible sin escuelas de este tipo.

Más que nada, la calidad de las universidades de investigación depende de dos factores cercanamente relacionados: libertad académica y gobierno compartido, una sugerencia que realizo en estas páginas bastante recientemente. ¿Cómo se seleccionan los dirigentes universitarios, los docentes y los estudiantes? ¿Implementa el gobierno las limitaciones a cierto tipo de beca o punto de vista académico? ¿Quién tiene voz en la determinación del currículo o áreas de investigación? En China, el Partido Comunista puede condenar la influencia occidental excesiva sobre la enseñanza y la investigación; en gran parte del mundo árabe la religión fundamentalista impide a las mujeres contribuir con sus talentos a la sociedad; en Estados Unidos puede ser la legislatura y ocasionalmente los donantes que intentan esquivar las prioridades desarrolladas internamente y en base a fundamentaciones académicas, etc. Jamás he visto una universidad de investigación sobresaliente que no disfrute de libertad académica o alguna forma de gobierno compartido.

Uno debe ser claro. De modo alguno estoy insinuando que las personas que comparten el gobierno debieran ser internas a la universidad; pero las voces académicas internas deben ser oídas y consideradas. También se debe enfatizar que la libertad académica de los docentes y los estudiantes para enseñar, estudiar y buscar conocimiento sin interferencia poco razonable, no es lo mismo que libertad política, aun cuando estos sean prácticamente mellizos. Los desafíos siempre presentes resultan obvios.

Veinte años no son mucho tiempo y uno puede suponer que el clima intelectual no será sujeto a un cambio brusco. Esto introduce otro desafío previsible: el profesionalismo y/o un anti-intelectualismo creciente. En Estados Unidos y otras partes también, me refiero a la visión de que aprender por sí mismo es de algún modo una actividad frívola, quizás un lujo y no merecedor de apoyo. Desde la perspectiva del estudiante, el propósito de la educación es un trabajo y una carrera. Así es como frecuentemente se estructura el currículo, contablemente: Sí; Ciencias de la computación: un Sí a viva voz; Shakespeare: si queda algo de tiempo libre. Desde la perspectiva del Estado lo que importan son “los recursos humanos para satisfacer las necesidades de la

fuerza de trabajo”. La ciencia básica requiere de apoyo porque el estudio de la biología podría llevar a la cura de alguna enfermedad, especialmente la enfermedad que aflige a los financistas. Existe algo de cierto en todas estas propuestas, pero ¿por qué también se insinúa que la sociología es bastante inútil y que las humanidades no merecen de apoyo?

Estoy, por supuesto, familiarizado con los desafíos más estándar de la educación superior: alteraciones causadas por la tecnología, altos costos, cursos masivos online que convierten la educación presencial en una indulgencia inútil, entre otros. No disputo su gran importancia, pero agrego el aprendizaje desinteresado (para estudiantes de pregrado la llamaríamos educación o formación general) porque rara vez se menciona. Sin embargo, el progreso intelectual fundamental frecuentemente ha comenzado con investigadores desinteresados que intentan resolver un problema, porque es fascinante y no se ha hecho antes. En las ciencias sociales y las humanidades donde los problemas rara vez se resuelven de forma definitiva, cada generación de estudiantes y profesores necesita de su propia reinterpretación de las grandes preguntas realizadas en estos campos de estudio e investigación. Estos esfuerzos hacen a la esencia intelectual de las universidades de investigación. ■

“Internacionalización Inteligente”: Un Imperativo del Siglo XXI

Laura E. Rumbley

Laura E. Rumbley es directora asociada del Center for International Higher Education del Boston College. E-mail: rumbley@bc.edu.

Uno de los temas más importantes que enfrenta la educación superior alrededor del mundo para las próximas dos décadas es la necesidad crucial de una “internacionalización inteligente”.

La internacionalización, como respuesta a la globalización, es una estrategia para la calidad o visibilidad potenciada, o como una respuesta isomorfa a los desarrollos en el entorno, discutiblemente uno de los fenómenos más significativos que actualmente afecta las instituciones de educación superior alrededor del mundo. La internacionalización puede ser vista tanto

como una causa como un efecto del advenimiento de la economía global del conocimiento. A diferentes intensidades entre contextos nacionales e institucionales, es también la manifestación de cambios fundamentales (y aún en evolución) en la forma que pensamos acerca de lo que constituye hoy una educación terciaria relevante de alta calidad.

La movilidad continúa siendo “el rey” en la mayoría de las discusiones sobre la internacionalización y los números crecientes de estudiantes con movilidad a nivel mundial indican que la movilidad continuará siendo altamente significativa en el futuro previsible. No obstante, en muchos países, aspectos crucialmente importantes de la agenda de internacionalización se mueven ahora desde la periferia hacia el centro, en materias tanto de políticas como de práctica. Esto lo vemos claramente en el hace-tiempo-esperado protagonismo de la discusión acerca de la “internacionalización en casa” (internationalization at home), la importancia creciente otorgada por las universidades al desarrollo y mantenimiento de alianzas internacionales de gran amplitud y profundidad, además del creciente interés en entregar formación con mayor orientación y apoyo internacional e intercultural para los docentes y el personal.

Mientras tanto, estos desarrollos se desenvuelven ante un trasfondo amplio de complejidad y flujo sin precedente en la educación superior. Los desarrollos políticos, económicos y sociales ejercen grandes presiones sobre la educación superior para, entre otras cosas, “desempeñar”, “responder”, “innovar”, “incubar”, “evaluar” y “liderar”. La agenda de la internacionalización está profundamente implicada en estos procesos. Abordar esta complejidad eficazmente requiere de un compromiso con la “internacionalización inteligente”, basada en un conjunto de conocimientos que coherentemente abarca tanto la teoría como la práctica dirigida a mejorar nuestra comprensión de las realidades complejas de la internacionalización a nivel local y global. Requiere de un compromiso con la formación de profesionales reflexivos en el área, trabajando en estrecho contacto con investigadores, formuladores de políticas y dirigentes institucionales, sensibles a las practicas que residen dentro de los “grandes temas” que hoy dominan tantas discusiones estratégicas sobre la internacionalización.

Alrededor del mundo existen centros de investigación y programas dedicados a la educación y formación de profesionales de la educación superior, muchos de los cuales parecieran estar preocupados acerca de temas de la internacionalización. Sin embargo, el alcance de

esta investigación y esfuerzos de formación está poco claro, al igual que la calidad de los productos que generan o la formación que se entrega. Igualmente, existe una conexión muy incierta entre las necesidades de información y experticia de los formuladores de políticas, los profesionales y lo efectivamente producido por los educadores/formadores.

La “internacionalización inteligente” exige el desarrollo de una alianza reflexiva entre las comunidades de investigadores, profesionales y formuladores de políticas. Quienes participan en la elaboración de actividades y agendas de la internacionalización tienen acceso a la información, ideas y oportunidades para la construcción de competencias profesionales que potenciarán su capacidad de navegar el complejo y volátil ambiente de la educación superior de los próximos 20 años. ■

Ser o No Ser – ¿una universidad de clase mundial?

JAMIL SALMI

Jamil Salmi es Experto en Educación Global Terciaria. Email: jsalmi@tertiaryeducation.org

Con la publicación en 2003 del primer ranking internacional de la Universidad Shanghai Jiao Tong y posterior aparición de tablas con ligas de competidores a nivel mundial (Times Higher Education, Consejo de Evaluación y Acreditación de la Educación Superior de Taiwán, QS y otros) han surgido formas más sistemáticas de identificar universidades de clase mundial. Mientras que algunas naciones, por ejemplo Kazajistán y Arabia Saudita, han optado por establecer universidades nuevas desde cero, la mayoría de los países han adoptado una estrategia de combinación de fusiones y el mejoramiento de instituciones preexistentes.

A fin de acelerar el proceso de transformación, varios gobiernos han lanzado sus así llamadas “iniciativas de excelencia” que constan de grandes inyecciones de financiamiento adicional para fortalecer su sector universitario. Las iniciativas de excelencia más recientes se han lanzado principalmente en el este asiático y Europa. Estos programas usualmente tienen un número limita-